

ANTES Y AHORA.



Eugenio Tourneux ha emprendido el dar á conocer por medio de una ingeniosa sátira las diferencias del siglo actual con los siglos pasados. Las diferencias de esta época en que

SEGUNDA SERIE.—1860.

domina la materia, con la de las épocas en que dominaba el espiritualismo.

El célebre dibujante Fellman nos ha presentado también

AÑO XVIII. 28.

esta idea personificándola en el arte nobilísimo de la pintura. En el grabado que presentamos hoy á nuestros lectores ofrece la vida de los artistas antiguos y de los artistas modernos. Antes, para pintar una de esas vírgenes que adoramos en los altares y admiramos como obras maestras del arte, los pintores trasladaban su estudio á un monasterio, y allí, en la soledad, recibían sus mas bellas inspiraciones. Así Lesueur pintó su magnífica colección de cuadros en la Cartuja de París. Así Becerra construyó sus tres asombrosas imágenes de la Soledad en el convento de Mínimos de San Francisco de Paula, en Madrid. Así el Carducho pintó en la soledad del Paular esos cuadros de santos y de mártires que destilan sangre de su lienzo, y que cualquiera puede ir á contemplar en las galerías del ex-convento de la Trinidad, hoy el ministerio de Fomento.

Hoy no buscan los artista la inspiracion aun para los cuadros sagrados en el silencio del claustro y lejos del mundanal ruido; hoy que el siglo rinde culto á la materia, á la materia van las artes á pedir sus inspiraciones, en medio de un banquete, entre las copas del espumante Champagne conciben los artistas sus grandes proyectos para trasladarlos despues al lienzo. Los artistas son hombres y no pueden menos de dejarse arrastrar y obedecer á impulsión de su siglo.

Algunas veces nuestros lectores habrán recorrido las calles y las plazas de la capital, en las que en los puestos de libros viejos habrán visto esas carteras de dibujo abiertas, llenas de grabados y estampas antiguas, en que se hallan revueltos monumentos y figuras. Habrán recorrido por pasar el tiempo ese Museo al aire libre, visitado por la lluvia y por el sol, catacumbas del arte donde sin gloria duermen diversas escuelas, frecuentemente célebres en la historia, que forman con sus variados tipos y colores un empolvado Cafarnaun, ó para hablar en latin para mayor claridad, un verdadero *pandemonium*.

Yo, en esos dias de feliz holganza en que va uno por las calles, sin saber que hacerse; y que algunos mas tarde han bautizado con el nombre de estúdiosa meditacion, iba deteniéndome en cada puesto mirando las estampas, saludando al pasar á la Italia ó á la Flandes, admirando alternativamente el punzon ó el buril de algun maestro holandés ó francés, viendo pasar sin sentirse las rápidas horas ante mi curiosa vista.

Vi una estampa cuya memoria conservaré siempre. Representaba el cuadro un jardín; el diligente Febo lanzaba un rayo de su dorada luz sobre las flores que apenas habian abierto su aromático caliz. Un sátiro se reía al ver en el tronco de un viejo plátano dos letras unidas formando cifra, y que abarcaba estrechando sus ramas y ciñéndose estrechamente á él una verde yedra. Nada turbaba la paz en aquel solitario sitio. En el fondo habia un peristilo semicircular coronado con un fronton de gusto griego. Sobre su puerta estaba escrito este risueño nombre: *Templo de Himeneo!* Dos personajes subian por sus gastados escalones, estasiados, ébrios de alegría, locos de felicidad.... y prudentes, porque sabían amarse.... Venian en su alegre transporte á darle gracias á los dioses, y un par de pichones con sus rizadas plumas les aplaudian con las alitas desde un árbol. Ya ven nuestros lectores que cosa tan mona seria, y sobre todo tan antigua y recocó, que en estos primeros dias de rago sentimiento hacia horripilar mis románticos ins-

lintos. Tenia contra este arte fatales preocupaciones. Hacia mal, lo confieso... antes de uniros os amábais al menos y pueden bendeciros esposo feliz, esposos.... porque vuestro corazon está radiante de alegría y el Himeneo coge al Amor su corona para ponerla sobre la vuestra. Esto es lo que sucedia antaño, en aquellos buenos y antiguos tiempos en que uniéndose los corazones sin entrar en cálculos se juraban mútua y eterna fé.

Hoy el espíritu vencido por la materia se agita y lucha en vano en el polvo.... Hoy no seria tan audaz Prometeo, ni iría á escalar los cielos para robar allí su fuego y animar al hombre, y el sublime ladron no ensangrentaria la cima del Cáucaso con la sangre que destila su imperecedero corazon roído por el buitres y sin cesar renaciendo.

¡La santa ambicion, el orgullo sagrado del hombre no atormenta hoy á corazones degenerados!... Genio, belleza, talentos, son pobres mercancías que no se cotizan ya ni admiten en nuestras plazas. La union de dos almas, la vida de dos en uno, no es ya un poema bendito, es una adición, una suma.... y nada mas. Hoy es preciso, antes que todo, que ruede el oro, que resplandezca la opulencia. Se casa uno con talegas, no con virtudes: se da su mano, pero... para contar los duros. El templo de Himeneo es una bolsa, el matrimonio una póliza que es el agente corredor Pluto y no el Amor; se hace la corte al dios Millon y ante él se reza de rodillas, se le incensa y se le tributa culto. Para hacer un buen negocio casándose, es preciso que los jóvenes pierdan sus extraños modales y sus ideas de hoy. Para edificar palacios, de seguro preciso son albañiles, pero para habitarlos colocad en él á la muger que sabrá amueblarlos y embellecerlos con la inteligencia y con su alma. Cuando hayais encontrado esa muger, jóvenes, ofrecerle vuestro corazon. Ese es todo el secreto de la felicidad. La dicha no existe en el cuño vulgar que se graba en la moneda, y que por el contacto pierde de su verdadero valor. Es la figura santa, ejemplar de amor, tipo cada dia mas radiante y mas puro, medalla del hogar doméstico de infinita gracia que lleva estampado vuestro nombre hasta en la otra vida.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

LEONARDO DE VINCI.

I.

UN MATRIMONIO.

Acababa un page de entregar á Luis Sforzia, soberano de hecho, si nó de derecho, del ducado de Milan, una carta recién llegada de Florencia.

Abrióla el duque, y muy pronto su rostro tomó una expresión singular de duda y de burla. Volviéndose despues hacía sus cortesanos les leyó el pasage siguiente:

«Puedo en tiempo de guerra emplear nuevas máquinas, tales como puentes, cañones, bombardas y piezas de artillería menuda, todo de mi invencion, y causando el mayor destrozo; atacar plazas fuertes, ó defenderlas por medios

no ensayados y desconocidos hasta ahora. En tiempo de paz soy capaz en pintura, escultura, arquitectura, mecánica é hidráulica, de cuanto puede esperarse de una mortal criatura.»

—¿Qué os parece de esa fanfarronería, señores? preguntó el duque riéndose.

—Que es gran petulancia hablar así de sí mismo, respondió uno de los cortesanos.

—Que sería preciso ver trabajar á ese nuevo Hércules, dijo otro.

—Lo veremos, si Dios quiere, señores, replicó el duque. Celebramos dentro de algunos días el matrimonio de nuestro muy querido sobrino y pupilo, Juan Galeas, duque de Milan. Escribid, *meser secretario*, escribid á ese florentino, á ese Leonardo de Vinci, que se apresure á venir á nuestra buena ciudad; que contamos con él para que venga á dirigir y disponer las fiestas de la boda.

Algunos días despues era estremada la agitacion en Milan, *La grande*. La mayor parte de los habitantes iban y venian con precipitacion por las calles. Otros estaban parados en las plazuelas y en las plazas; y por todas partes se hablaba en alta voz y resonaban los nombres de Juan Galeas y de Isabel de Aragon, cuyo matrimonio iba á celebrarse.

Mezclábase á estos nombres el de Ludovico Sforzia, que continuaba en gobernar, aunque su sobrino, Juan Galeas, al que un día debía quitar la vida, hubiese llegado á su mayor edad. También se hablaba de un florentino recién llegado, del cual se contaban las cosas mas diversas y mas estrañas.

—Debe ser un adornista de edificios, decía una muger algo vieja, que por su traje se reconocia pertenecer á la última clase del pueblo. Dicen que ha puesto todas las colgaduras del *Duomo*.

—No solo las colgaduras, respondió un hombre de una fisonomía poco agradable, tal vez sospechosa, y al que sin embargo parecian todos escuchar como un oráculo, sino dos cartones pintados por él mismo, con tanta perfeccion que se diria era una tapicería flamenco.

—Pues entonces es un pintor, replicó la vieja.

—¡Un pintor! exclamó una jóven. ¿No sabeis, tia Banina, que el signor Leonardo de Vinci es un maestro? Ayer hacia repetir los epitalamios que deben cantarse hoy en honor de la novia.

—¿Con qué es poeta ademas? dijo el hombre de las trazas sospechosas, pues que ha compuesto las palabras de todos los cánticos; es un ingeniero, porque los canales y las esclusas que van á darnos las mas lindas cascadas que pueden verse, han sido hechas por sus planos. Puede decirse ademas que es el mas hermoso caballero de la Italia, y que está dotado de una fuerza hercúlea. Dicen que con una mano voltea una campana grande, y dobla una herradura de hierro como si fuera de plomo. Es excelente orador, escultor, y tengo para mí que es asimismo un poco mágico.

—¡Mágico! exclamaron á la vez todos los oyentes.

—La prueba es que en el momento en que ha dejado á Florencia para corresponder á la llamada del duque, estaba disponiéndose á levantar sobre escalones el templo de San Giovanni.

—¿Sin demolerlo?

—Sin tocar ni á una piedra.

—¿Cómo sabeis eso, Jacopo?

—Mi hijo está empleado en la corte.

—¿Como pinche?

—Si, como pinche, signora Nina, replicó Jacopo algo picado. Pero Nicolao es un muchacho de talento; está muy bienquisto con el primer page del duque, y ese es el todo.

—Entonces, dijo Banina, lo que nos habeis contado es la purísima verdad.

Hubo un gran movimiento entonces en la multitud, que impidió responder á Jacobo. Un grupo de caballeros se adelantaba al galope para abrir paso. Gritos de alegría y de entusiasmo se levantaban por todas partes. Iba á pasar la comitiva.

Bien poco despues en efecto, se vió presentarse el *carroccio*, especie de *Palladium* que los lombardos fueron los primeros á usar, y que miraban como el *palacio público yendo á la guerra*. El *carroccio* era un magnífico carro cubierto de colgaduras de terciopelo y oro: era tirado por seis bueyes cubiertos de iguales colgaduras. Una guardia de mil quinientos soldados elegidos, armados de pies á cabeza, y llevando alabardas ricamente guarnecidas, iba á su alrededor. Los capitanes y los principales oficiales del ejército, se colocaban al lado del *carroccio*, el cual iba seguido de ocho trompetas y de muchos sacerdotes, los mismos que iban al campo de batalla cuando este nuevo *palladium* acompañaba al campo al ejército. Enmedio del carro alzábase un mástil, al que se hallaba fijo un estandarte con la culebra de los *Visconti* campando sobre campo azul, porque las armas habian sobrevivido á la estincion de la familia. La *Nola*, gran campana destinada á dar alternativamente ya una señal de fiesta, ya de guerra ó de alarma, coronaba la altura del mástil.

La mayor parte de las ciudades de la Italia tenían un *carroccio*. El uso de la artillería lo hizo con el tiempo no solo inútil, sino aun peligroso en las batallas; así es que desde el siglo XV, no ha vuelto á figurar sino en las funciones públicas.

Repararon todos aquel día que el *carroccio* se hallaba adornado con nuevas pinturas de un incomparable efecto; empero lo que mas admiraron fué el talento con que el artista habia sabido dar á la catedral, *Il Duomo*, obra maestra bosquejada apenas, el aspecto de una obra concluida, y todas las palabras de admiracion, todas las espresiones de alabanza iban acompañadas del nombre de Leonardo Vinci. Verificóse la nupcial ceremonia enmedio del recogimiento general, y de un silencio que la armonía mas suave de la música interrumpia solo.

Púsose de nuevo en marcha la comitiva, pero antes de volver al palacio ducal, los príncipes debian recorrer toda la ciudad, tanto para mostrarse al pueblo, como para gozar de los espectáculos preparados á cada paso. Aquí se veian pórticos de flores; allí bóvedas de gasa de color azul y oro: mas lejos surtidores de agua lanzándose en los aires y cayendo en copos de nieve produciendo un magnífico efecto; estatuas de dioses marinos agrupados enmedio de las olas, completaban el cuadro. Pero nada igualaba á la decoracion de la puerta oriental de la ciudad: allí, bajo un inmenso dosel de verdura, que interceptaba los rayos del sol, un brillante y estrellado cielo parecia bajar sobre la cabeza de los príncipes. Rodaron algun tiempo los planetas alrededor

del sol: despues, desprendiéndose cada uno de ellos sucesivamente de aquel maravilloso cielo, tomó la forma del dios ó de la diosa, cuyo nombre llevaba, y bajó á recitar un epitalamio á la novia: despues volvieron á tomar sus primitivas formas los planetas, á surcar el espacio, y el estrellado cielo se fué levantando insensiblemente, hasta que por último desapareció de la vista de todos.

Aquel maravilloso espectáculo encantó á los príncipes, á la corte y al pueblo. Para este último era el término de las fiestas; empero en los salones del palacio ducal se prorogó el festín el resto del día y una parte de la noche. Ludovico, aquel tirano protector de todas las artes, habia querido que aquel solemne día se terminase por uno de los concursos de los mas hábiles poetas de la ciudad. Seis de entre ellos cantaron sucesivamente acompañados de cítaras y mandolinas, é iba ya á adjudicarse el premio cuando se presentó un nuevo opositor; era el lindo Leonardo, el pintor del duque.

Grande hubiera sido la sorpresa si no hubiera hecho pruebas de sus diversos talentos. Leonardo, á una señal del duque, echando atrás su capa, dejó ver una lira de plata de veinticuatro cuerdas, que presentaba el aspecto del cráneo de un caballo. La vista de aquel singular instrumento escitó el asombro y aun la murmuración de la concurrencia; empero apenas el artista habia hecho oír algunos sonidos, cuando reinó un profundo y religioso silencio en toda la asamblea. No solamente cantó, sino que tambien improvisó un soneto. Entonces, echándole una cadena de oro al cuello, no pudo menos de decirle Ludovico:

—Veo que sabeis cumplir lo que prometeis, meser Leonardo, dijo Ludovico con una benévola sonrisa. En lo sucesivo no os separareis de nuestro lado: mañana recibireis vuestro nombramiento de director de nuestra Academia de pintura.

Dióle gracias Leonardo, inclinándose profundamente. El duque todavía le concedió otra gracia, la de darle á besar su mano.

II.

UNA OJEADA ATRAS.

Aquel que acababa de señalar de una manera tan sorprendente su llegada á la corte de Milan, Leonardo de Vinci, era hijo de un notario de la señoría de Florencia. Habia manifestado desde su infancia asombrosas disposiciones para todas las ciencias y para todas las artes, tanto, que su padre habia estado por mucho tiempo indeciso sobre la carrera que deberia hacerle seguir. Sin embargo, la inclinacion por la pintura en el jóven parecia la dominante, y meser Pietro de Vinci colocó á su hijo en casa de Verocchio, uno de los primeros maestros de Florencia.

Fueron tan rápidos los progresos de Leonardo, que en breve eclipsó á su maestro. Pintó un día un ángel en un cuadro de Verocchio: á la vista del trabajo de su discípulo, el artista tiró sus pinceles, y cuentan que no los volvió á tomar jamás.

Leonardo tuvo despues el encargo de hacer una Virgen, y la ejecucion de este cuadro le levantó á la primera gerarquía de los artistas florentinos.

Estendióse rápidamente su fama. Bien pronto chicos y

grandes quisieron tener obras suyas. Un aldeano, que Sir Pietro empleaba para la caza y para la pesca, trajo un día al notario una rodaja de madera, y le suplicó á su hijo diese en ella algunas pinceladas. Pietro se guardó la rodaja, y no volvió á pensar en ella. Un día que tenia que hablar á su hijo, se dirigió hácia una gruta, á donde sabia que con frecuencia se retiraba el jóven artista. Al ir á entrar, quedó embargado de horror: una multitud de reptiles se hallaba amontonada á sus pies. Su primer movimiento fué el huir: pero, Leonardo que lo habia visto, salió á su encuentro, y le mostró la rodaja del pescador: habia pintado en ella una Medusa, sirviéndose como modelos de los reptiles reunidos en derredor suyo. A la vista de aquella pintura, el notario dió un grito de terror.

—¡He salido con mi empeño! exclamó triunfalmente Leonardo. Podeis, padre mio, devolver su rodaja á vuestro protegido.

Sir Pietro se apoderó con alegría de la nueva obra; empero, en lugar de dársela al paisano, la vendió por trescientos escudos á unos mercaderes florentinos. Entonces Leonardo pintó sobre otra rodaja un corazon traspasado por una flecha, que entregó al pescador, admirador de su talento. Este recuerdo fué conservado con religioso cuidado.

Sin embargo, el tiempo y la imaginacion del jóven, no se ocupaban solo con las inspiraciones y los trabajos de la pintura. Muchas veces se veia á Leonardo abandonar los pinceles por la pluma, y componer poesías, que no hubieran desdeñado los mejores poetas de la época.

Consagrábase á las ciencias exactas, y muy pronto penetró los secretos de la historia natural, de la física, y de cada uno de estos estudios hacia nacer las invenciones mas sorprendentes.

Un día propuso al gobierno servirse de las aguas del Arno, para establecer un canal de comunicacion desde Florencia á Pisa. Desconfiaron de la inspiracion de un hombre tan jóven, y rechazaron el proyecto. Dos siglos despues ha sido puesto en ejecucion el pensamiento de Leonardo por Vicencio de Vinanni, último discípulo de Galileo.

La construccion de un puente, la apertura de un canal, la invencion de las máquinas de guerra, la ejecucion de una estatua, ocupaban en seguida al jóven artista. Por último, cuando aquel espíritu ardiente experimentaba la necesidad de descansar, Leonardo se lanzaba sobre unos fogosos corceles, que nadie mejor que él sabia domar.

Otras veces iba á buscar en el campo las dulces emociones, que da la vista de un cielo azulado y puro, de un agua tranquila, y de las flores nuevamente abiertas.

Gustábase recorrer los cuarteles menos frecuentados de la ciudad: deteníase delante de los puestos de los vendedores de pájaros, y compraba muchas veces un gran número de aquellos pobres cautivos á fin de darles la libertad.

Siempre llevando consigo su cartera, le sucedia frecuentemente durante sus escursiones el volver á su casa habiendo cogido, digámoslo así, al vuelo, algunos tipos originales, que le servian para formar caricaturas. No habia ningún género de arte, que desdeñase este artista.

Estas diversas aptitudes fueron, preciso es decirlo, un escollo para el genio de Leonardo. Su imaginacion le arrastraba sin cesar á nuevas creaciones, y le impedía concluir las obras que comenzaba; y así es que lo que concebía su genio venia á quedar casi en boceto. Otras veces, al contrario, pa-

saba en un trabajo un tiempo considerable, y desesperado de llevarlo á la perfeccion, que él solo podia darle, lo abandonaba.

III.

LA CENA.

Ludovico, *El Moro*, encantado de tener á su lado al artista mas grande de su época, lo trataba con una generosidad sin igual. Muchas de las salas del palacio de este príncipe se habían convertido en talleres. Apenas se hallaba allí instalado el artista, cuando el duque venia á visitarle.

Acababa Leonardo de bosquejar una *Natividad* que Ludovico le había pedido. Admirado éste de la belleza del boceto, le manifestó el deseo de ver prontamente terminado el trabajo.

—Haré todo cuanto sea posible, respondió Leonardo, para satisfacer la impaciencia de vuestra señoría, que tanto me lisonjea.

Pero á la mañana siguiente, cuando Ludovico entró en el taller, encontró al pintor absorbido en el exámen de un mapa del estado.

—Si, dijo con el ojo animado, un canal abierto, al través de los valles de Chiavenna y la Valtellina, seria un manantial de riqueza para los estados de vuestra señoría. Para eso seria necesario horadar las montañas y allanar los valles....

E inmediatamente se puso á desarrollar y desenvolver sus planes con la facilidad de locucion que le era natural.

El duque, descontento al principio, se retiró despues encantado.

Los trabajos del canal de la Mantesana, inmediatamente emprendidos, absorbieron durante muchos meses el talento y los pensamientos del artista.

Habiéndole en seguida hablado el duque de una estatua ecuestre, que deseaba levantar á la memoria de Francisco Sforzia, su padre, comenzó Leonardo á modelar el caballo sobre proporciones tan gigantescas, que se miraba como imposible poder jamás fundirla en bronce. El mismo artista decia: es una obra tan grande, que trabajaré tal vez toda mi vida sin poder llevarla á cabo.

Avido de nuevas ocupaciones, solicitó muy pronto del soberano el permiso de ir á establecerse en el convento de los dominicos, para pintar al fresco una *Cena*, que el prior le pedia. Pero Leonardo puso en su nueva empresa su natural lentitud é inconstancia. Muchas veces abandonaba su trabajo para pintar sobre la pared del *refectorio*, que daba frente al cuadro de la *Cena*, un retrato del duque y de su familia. Menos indulgente que el príncipe el prior Eusebio, manifestaba un vivo descontento de estas lentitudes. Fué un dia á quejarse á Ludovico, y éste hizo llamar inmediatamente á Leonardo.

—¿Qué es lo que me cuentan, signor? le dijo con una mezcla de cólera y de broma; Fr. Eusebio acaba de decirme que se va á ver obligado á mudar de pintor, como ha cambiado una mañana todos sus jardineros.

—Reconozco su genio en eso, respondió Leonardo con mas desden y desprecio que cólera. Para Fr. Eusebio, el ardinero y el artista están colocados en la misma gerarquía. El primero debe cavar tantos pies de tierra en un dia: el segundo debe cubrir de color tantas pulgadas de lienzo. ;Bár-

baro! ¿Puede decirse aeaso al pintor, al escultor, al poeta: trabajarás tal dia, á tal hora? ¿No es preciso que aguarde la inspiracion, esa caprichosa maga que huye cuando se la llama, y que llega cuando se la olvida?

—Sea enhorabuena, replicó con prontitud el duque. Sin embargo, confesad meser Leonardo, que jamás vuestra caprichosa maga os ha olvidado por tan largo tiempo. Hace mas de dos meses que habeis dejado de trabajar en el cuadro de la *Cena*.

—Me faltan dos modelos, uno para el Cristo y otro para el Judas.

—En cuanto al Cristo lo comprendo; es el tipo sublime: es la perfeccion: pero debeis encontrar modelos de Judas.

—Ninguno, á menos que no tome por modelo á ese prior tan ignorante y tan desdeñoso.

—¡Bravo, bravísimo, signor! exclamó el duque riéndose. Colocad á Fr. Eusebio en el cuadro de la *Cena*. Voy á anunciarle esta buena noticia, y á decirle al mismo tiempo quevais á volver á emprender hoy nuestro trabajo.

Dió el duque las órdenes para que acompañasen al convento con todo honor al grande artista, y envió á llamar á Fr. Eusebio.

Sin embargo, en lugar de tomar el camino de su taller, se dirigió Leonardo al barrio mas desierto de la ciudad, caminando á la ventura.

Bien pronto salió al campo, y sin duda entonces muchos cuadros debieron reflejarse en su imaginacion, porque su rostro tomó alternativamente las mas diversas espresiones. Cuando volvió á la ciudad era ya de noche: las calles se hallaban sombrías y silenciosas: solo una luz brillaba en la puerta mal entornada de una taberna. Allí entró Leonardo para descansar.

Hallábanse sentados á una mesa cubierta de jarros y vasos, y á cada lado, una porcion de hombres de muy mala traza. Era tal su preocupacion que no repararon en la llegada del artista. Este por su parte no tuvo cuidado ninguno con ellos; empero el nombre del duque de Milan, que oyó pronunciar, llamó su atencion sobre el grupo de los bebedores.

—¿Estás seguro del negocio: Jiácomo? decia el uno.

—Te lo repito, nada hay mas seguro. Nicolo se ha apoderado de la llave de una puerta falsa: nos abrirá.

—¿Y podremos penetrar hasta la puerta del duque?

—Todo se halla dispuesto para eso. Yo llamaré, y este golpe me valdrá cien escudos de oro, dijo Jiácomo, cuyo rostro iluminado por la pálida luz de una lámpara, dejó adivinar toda la avaricia y bajeza que encerraba su corazon.

Leonardo sacó inmediatamente su cartera; trazó á la lámpara el rostro de Jiácomo: escribió algunas palabras sobre otra hoja, que arrancó de su cartera; dobló el papel, lo cerró con cuidado, y salió precipitadamente.

A pesar de la hora avanzada de la noche, fué á llamar al palacio ducal. Entregó á un oficial cuya fidelidad no le era sospechosa la carta que acababa de escribir, y recomendó espresamente que la llevase al instante á Ludovico. Leonardo se marchó en seguida á encerrarse en su taller: permaneció hasta el amanecer, sumergido en una profunda meditacion; pero en cuanto asomaron los primeros rayos del alba, cogió sus pinceles y se puso al trabajo con un ardor febril.

Habia vuelto Fr. Eusebio del palacio en un estado de angustia indecible. Varias veces por la tarde habia procurado

hablar á Leonardo, y siempre le habían respondido que estaba ausente el artista. A la mañana siguiente, en cuanto fué de día, fué á llamar á la puerta del taller: la puerta permaneció cerrada. Volvió una hora mas tarde: en vano fué este paso. Al toque de las doce volvió á llamar de nuevo: entonces se abrió la puerta.

—¿En qué os puedo servir, Fr. Eusebio? preguntó Leonardo, con el aire mas afable del mundo.

—Que os digneis perdonarme, signor Leonardo, exclamó el fraile con humildad. Por piedad, no entreguéis á este anciano á la risa y á la burla de todos.

El artista miraba á Fr. Eusebio sin comprenderle.

—En lo sucesivo, añadió el prior sin alzar los ojos del suelo, trabajareis cuando os dé la gana, signor Leonardo... cuando queráis.... Tal vez he podido ser importuno; pero no soy un traidor, un Judas..... signor Leonardo, tened compasion de mí.

Estas últimas palabras recordaron al artista su chanza de la víspera, y vió que el duque había contado al prior como una cosa formal lo que solo había sido una broma. Cogiendo entonces por la mano á Fr. Eusebio, que casi se había arrojado á sus pies, lo llevó delante del cuadro de la *Cena*. Respiró el anciano: la cabeza de Judas no era la suya; pero se llenó de pasmo y de admiracion al ver aquella obra del artista.

En aquel mismo momento se abrió la puerta, y Ludovico, *El Moro*, acompañado de un solo escudero, se lanzó sobre Leonardo, y le estrechó con trasporte en sus brazos.

—No era bastante deber á nuestro querido pintor tan magníficas obras, exclamó con el acento del mas vivo reconocimiento; era preciso deberle tambien la vida. Ved aquí el hombre, añadió volviéndose hácia el prior, que sabe desbaratar los complots de los traidores..... ¡Ah! exclamó de repente el duque, cuyos ojos se habían fijado sobre el fresco de Leonardo, vedlo aquí, el mismo es: habeis hecho un Judas de Jíacomo.

—¿Podia escoger mejor, monseñor? respondió el artista.

—Ni podias escoger, ni ejecutar mejor. ¡Cuánta verdad en esa espresion baja y páfida! Leonardo, nadie os igualará nunca. Pero tambien habeis bosquejado la cabeza del Cristo, ¿quién os ha dado el modelo?

—Ese boceto es el fruto de mi imaginacion; pero está muy lejos de satisfacerme. ¡Oh! jamás concluiré este Cristo.

—Habeis hecho tan hermosos á los apóstoles que jamás encontrareis un tipo mas perfecto. Veamos, sin embargo, meser Leonardo; sabemos lo que una obra puede ser en vuestras manos.

Ni los estímulos del duque, ni el deseo que tenia Leonardo de ver terminada su obra, fueron bastante poderosos para hacerle entrar en deseo de acabarla; y el fresco de *La Cena*, la mas maravillosa tal vez que ha producido ningun artista, permaneció sin concluir.

El grabado de Margham ha inmortalizado esta magnífica pintura: no hay casi nadie que no haya podido admirar la grandeza de esta composicion; el carácter tan perfecto de las cabezas; la armonía del conjunto, y lo ideal de cada una de sus partes. El artista ha escogido el momento en que el Redentor dice á sus discípulos: uno de vosotros me venderá. A estas palabras todos parecen como heridos de un rayo, y cada cual espresa, segun su carácter, su sorpresa y su emocion. El uno parece pronto á desfallecer, el otro se queda

inmóvil como una estátua; este se levanta bruscamente, aquel protesta su inocencia con el candor mas verdadero. Solo Judas permanece impassible, pero á pesar de su aparente calma se adivina inmediatamente que es el culpable.

Un instante hubo en que Francisco I tuvo el pensamiento de hacer trasladar el fresco á París sobre la pared en que estaba pintado: las dificultades de semejante empresa fueron sin duda la causa que impidió la ejecucion. Dos siglos mas tarde otro grande hombre debia tributar á Leonardo Vinci un homenaje no menos lisonjero para su memoria. Cuando la conquista de Italia de 1796, Bonaparte, primer cónsul, fué á visitar, como tantos otros, el convento de Santa María de Gracia. Trasportado de emocion á la vista de aquella obra, escribió sobre sus rodillas una órden del día que exceptuaba aquel sitio del alojamiento militar. Desgraciadamente el noble pensamiento del conquistador no sobrevivió á su marcha, y poco despues de haber salido de Florencia el ejército francés, el refectorio de los Dominicos sirvió de cuadra y de pajar. Eugenio Beauharnais, virey de Italia, reparó mas tarde este acto de vandalismo cercando la piutura de un puente que no permite examinarla sino de mas lejos. Pero la obra de Vinci había padecido tristemente, y esta hermosa página de la historia del arte no es hoy mas que una gran ruina, pero todavía son sus restos muy propios para hacer juzgar del genio de Leonardo.

IV.

UN RIVAL.

Dos invasiones sucesivas de los franceses en Italia vienen á cambiar el destino de Leonardo. Mientras Ludovico Sforzia huye de su capital, el artista tenia el dolor de ver el famoso caballo ejecutado para la estátua ecuestre del duque Francisco, sirviendo de blanco para el tiro de los arcabuceros de Luis XII. Digamos, sin embargo, en honor de la verdad, que el rey de Francia no tuvo la menor parte en aquel acto de ignorancia y de barbarie de sus soldados, y que aun se esforzó en reprimirlo. Hizo que se le presentase Leonardo, y le señaló una pension y derechos que debia percibir sobre el canal de la Mantesana. Por su parte Vinci ofreció al rey dos lindos retratos de muger. Ejecutó para el día de la solemne entrada de Luis XII en Milan, un leon autómatas que se adelantó adonde estaba el monarca, y despues de haber dado algunos pasos en el gran salon del palacio, dejó caer de su pecho un escudo con las armas de Francia.

A pesar de los nuevos trabajos de que se veia agobiado Leonardo, á pesar de los homenajes sin número que le tributaban, Milan no le ofreció ya ningun atractivo, y se volvió á Florencia.

En Florencia y en esta época es cuando ejecutó Leonardo de Vinci sus mejores obras: el admirable retrato de la *Mona Lisa*, mas conocida bajo el nombre de *La Joconda*, que se ve en uno de los salones del Louvre, y un cuadro representando *La Vanidad* y *La Modestia*, y un *San Juan Evangelista*, y una *Magdalena*.

El grande artista, que tenia entonces por protector al demasiado famoso César Borgia, parecia no guardar órden ni consecuencia en sus trabajos. No se limitaba á un solo género de ellos; se entregó con ardor al estudio de la anatomía, y escribió trece volúmenes que componen sus obras

literarias sobre diversas materias. Uno de estos manuscritos se conserva en la Biblioteca de París, y es un tratado de pintura, escrito como todas las obras de Leonardo á la manera oriental, es decir, de derecha á izquierda.

Leonardo Vinci no reinaba solo en el mundo artístico. Comenzaba á darse á conocer Rafael, y Miguel Angel trabajaba en Florencia, donde le habian dejado los Médicis, proscritos como los Sforcias. Los magistrados de Florencia encargaron dos cuadros destinados á adornar la gran sala del consejo de *La Señoría*: el uno á Miguel Angel, el otro á Leonardo, dejando á los artistas en libertad de escoger su asunto. Miguel Angel reprodujo un episodio de la guerra de Pisa, y Leonardo la derrota de los condotieros, Nicolo Piccininos, por Francisco Sforcia. Los dos trabajaron en su carton con el mayor secreto. Al decir del pequeño número de inteligentes que han visto estas obras perdidas durante las revueltas que desolaron la Italia, eran dos obras maestras. Notábase, sobre todo, en el carton de Leonardo, un grupo de hombres, los unos á pie, los otros á caballo, disputándose con furia la posesion de una bandera destrozada. Aseguran otros que la derrota de los Piccininos jamás fué concluida por Leonardo, que echó á perder su cuadro sirviéndose de un betun de su invencion para fijar los colores sobre el carton.

Sea de esta desgracia la causa que se quiera, lo cierto es que por los celos que el gónfaloniero Sodinari mostraba contra su jóven rival, se vió precisado éste á abandonar segunda vez á Florencia, donde acababa de pasar trece años.

Julian de Médicis iba á Roma á asistir á la coronacion de su hermano el pontífice Leon X, y propuso á Vinci que le acompañase. El artista aceptó.

Leonardo no era mas jóven que él, y sin embargo, nadie era mas capaz que él de distraerle en aquel largo viage. Para complacer á su ilustre compañero recurrió su genio fecundo á mil invenciones. Tan pronto hacia pájaros de cera, tan lijeros que se elevaban por sí mismos dándoles un pequeño impulso; tan pronto ponía á un lagarto alas hechas con escamas de otros lagartos, y aquellas alas inflándose producian el efecto mas singular al menor movimiento del animal. Otras veces soñaba para el hombre la facultad de volar. Hay una cosa muy particular, y es que este grande hombre se ocupa muy frecuentemente de esta cuestion en sus escritos. Habia reparado que los pájaros se mantienen frecuentemente en el aire sin batir sus alas, y pensaba que el hombre podía elevarse del mismo modo por medio de máquinas mantenidas en equilibrio contra los impulsos del viento.

Recibió Leonardo de Leon X la mas magnífica y favorable acogida. Encargóle el pontífice que pintase una Virgen, género de composicion en el que no tenia por rival sino á Rafael; pero en lugar de ocuparse en la pintura, Leonardo emprendió componer un barniz que queria ensayar sobre el cuadro de la Virgen. Sorprendióle un día Leon X, absorto en aquel trabajo, la primera vez que fué á verle á su estudio.

—Este hombre no hará jamás nada; piensa en el fin de la obra antes de haberla comenzado, dijo el pontífice, y se retiró muy descontento.

A la mañana siguiente envió á llamar á Miguel Angel, el cual, gracias á su perseverancia, á su juventud, y sobre todo á su incomparable genio, obtenia por todas partes los mas brillantes sucesos.

En aquel mismo dia un papel envuelto en una tela de seda blanca y verde, y con el sello de las armas de Francia, fué entregado á Leonardo Vinci, el que como acabamos de ver habia incurrido en la desgracia del pontífice.

V.

EL DESTIERRO.

A poco tiempo de esto, dos hombres montados sobre dos vigorosos corceles, pero escoltados de una comitiva poco numerosa, llegaban á las puertas de París. En la solicitud y consideracion con que se les dejó pasar apenas hubieron pronunciado sus nombres, era fácil adivinar que se habian dado órdenes relativas á ellos en altas regiones.

Sin embargo, el esterior de aquellos dos hombres no anunciaba una elevada categoría. El primero era jóven, y llevaba el traje de los mercaderes ricos de Florencia: el segundo era un anciano con vestido oscuro y descuidado; una especie de gorra de paño negro estaba, por decirlo así, pegada sobre su frente; su barba larga caía en irregulares mechones hasta su cintura y le daba el aspecto de un viejo druida: nadie hubiera de seguro reconocido en aquel anciano al brillante caballero que treinta años antes habia entrado en la corte de Milan bajo el nombre de hermoso Leonardo. Parecia sumergido en una profunda meditacion. A fin de sacarle de ella su jóven compañero, que era mas que su discípulo, que era su hijo adoptivo, recordábale las mas risueñas imágenes; empero Leonardo no sabia ya reir.

—Querido Francisco, le decia, en vano tratáis de engañarme: sé muy bien que ha concluido mi reinado.

—Maestro, es eterno el reinado del que el cielo ha dotado tan ricamente como á vos, exclamó el jóven con entusiasmo.

—¿Qué son los dones del cielo sin la perseverancia que los hace fructificar? Un tesoro enterrado en la tierra, una perla arrojada en el fondo del mar.

—Esas palabras no os son aplicables, mi querido maestro, porque ninguno ha trabajado tanto como vos.

—Y nadie ha trabajado con menos fruto; nadie se ha visto entregado mas á los caprichos de una ardiente imaginacion. Así es que mis obras han quedado imperfectas. *La Cena, La Adoracion de los Magos, La Mona Lisa*....

—¡Oh! en cuanto á ese cuadro solo vos podeis decir que no está concluido. La composicion es inimitable; lo perfecto del trabajo es tal, que se ve, por decirlo así, palpar las venas, se pueden contar los cabellos y se ven los poros de la piel.

—Tal vez decís verdad. Yo soñé en el mismo dia regenerar el arte. Si todos mis trabajos y todos mis pensamientos se hubieran dirigido á un objeto fijo y único.... Yo personificaba mi época.

—¿No os han proclamado hace largo tiempo el creador de la era nueva de la pintura? Porque vos solo hasta este dia habeis sabido producir obras maestras sin copiar lo antiguo, y todos se preguntan: ¿dónde habeis encontrado vuestros modelos?

—En la naturaleza, hijo mio: ella es la que suministra los mas perfectos tipos, porque son siempre verdaderos. ¡Cuántas veces una jóven en oracion me ha suministrado, sin saberlo ella, el modelo de una Virgen! Me han visto seguir á

los reos al suplicio á fin de coger sobre sus rostros la expresion de la crueldad, del terror ó de los remordimientos.

—Si, maestro, replicó Francisco, y un día os hemos sorprendido en medio de una reunion de campesinos que habíais dispuesto, y cuya sencilla admiracion y ruidosas carcajadas escitábais con vuestros chistes y échanzas, y los pobres aldeanos estaban muy distantes de sospechar siquiera que os servían de modelos.

—Por eso me han suministrado tipos inimitables. Si, hijo mio, estudia la naturaleza: aprende á coger al vuelo la expresion mas propia para conmover: observa las conveniencias con religioso cuidado: corta la confusion de los objetos, vale mas dejar algo que desear en una obra, que hartar los ojos con una multitud de detalles. A la observancia exacta de estos preceptos, debo sin duda el haber producido obras de algun valor.

—¿Con que no debeis nada á vuestro genio?

—El genio es el fuego sagrado que anima toda la creacion: empero, ¡cuántas veces se estraviaría si no caminase de concierto con la razon y un concienzudo trabajo! No lo olvidéis, hijo mio: no olvidéis tampoco la máxima: *Festina lente*, que ha sido la mia. Una obra verdaderamente hermosa, jamás ha sido la obra de un día: yo he trabajado cuatro años en el retrato de Mona Lisa.

—¿Y cuánto esmero y cuidado no poníais en que no se fatigase la bella florentina en las sesiones que la imponíais? Llevábais á su lado músicos que tocasen varios instrumentos, y personas capaces de recrearla con sus conversaciones llenas de encanto y de alegría: así el modelo no ha perdido ni un solo instante su posicion tan natural y tan graciosa, y habeis hecho de ese retrato una obra maestra. El que una sola vez ha visto la sonrisa de la Joconda no la olvidará jamás.

Prolongóse la conversacion hasta el momento en que los viajeros entraron en el Louvre.

Francisco I aguardaba á Leonardo, al que habia llamado á su lado para aumentar el enjambre de artistas y de poetas que hacian de su corte un Parnaso. Desde que diviso al anciano, se levantó para salir á recibirle, y tendiéndole los brazos como á su padre:

—¡Sois vos, mi buen Leonardo! exclamó, hemos visto vuestras obras en Italia y sabemos lo que valeis.

Aquellas muestras de aprecio y de afecto conmovieron profundamente al grande artista: dulcificaron la amargura de su destierro: porque el rey jamás dejó de manifestárselas.

Inmediatamente Leonardo fué instalado en el castillo de Clon en Amboise: Francisco I le hizo muchos encargos de obras: pero hasta el fin debia el grande hombre ceder á su inclinacion, que le hacia abandonar sin cesar un trabajo bosquejado para emprender otro. Comenzó sin concluir ninguno muchos planos para el canal de Romorantin. Trazó sobre lienzo numerosos bocetos: pero no se tiene de él mas que un solo cuadro ejecutado en Francia: es el retrato de la *bella Herrera* que posee el museo del Louvre.

En aquella época, el corazon del grande artista se poseyó todo del sentimiento religioso, y las prácticas mas exactas del culto católico absorbieron una gran parte de su tiempo.

Pasáronse así tres años. Un día, el 2 de mayo de 1519, vinieron con toda urgencia á advertir á Francisco I, que

su pintor querido el gran Leonardo se estaba muriendo. Inmediatamente se levantó el rey para ir á la cabecera de la cama de su viejo amigo.

Aquella premura, aquel afán, hizo asomar una desdichada sonrisa en los labios de muchos cortesanos que se hallaban presentes. El rey vió aquella sonrisa y adivinó el pensamiento que espresaba.

—Señores, dijo entonces con dignidad, yo puedo hacer nobles y tambien grandes señores: solo Dios puede crear un hombre como el que vamos á perder.

Cuando el rey entró en la alcoba de Leonardo, acababan de volver á colocar al moribundo en la cama de que habia querido levantarse para recibir el Santo Viático. Francisco de Melfi sostenia en sus brazos á su muy querido maestro.

Leonardo reconoció todavía á su ilustre protector. Vivamente conmovido por la bondad que tenia el rey de Francia en venir á visitarle, se incorporó en la cama haciendo un supremo esfuerzo, empero aquel esfuerzo agotó cuanta vida le quedaba, y el grande artista volvió á caer exánime en los brazos reales de su ilustre amigo.

Francisco I no quiso privar á Melfi del consuelo de cerrar los ojos de su maestro. Cumplió el jóven con este piadoso deber: acompañó hasta su última morada, la iglesia de San Florentino de Amboise, el cuerpo del grande artista: pero el único monumento consagrado á su memoria fué una inscripcion latina recordando el último y supremo consuelo que habia tenido Leonardo de morir en el seno de un rey: *In sinu regio*, consuelo muy positivo, porque aquel rey era un amigo.

Francisco, á quien habia elegido Leonardo por su ejecutor testamentario, obtuvo del rey el permiso de hacer pasar á Italia los bienes que el artista habia dejado en Francia. El hermano de Vinci fué el heredero, porque el gran hombre jamás habia querido casarse para consagrarse todo y absolutamente al arte.

Melfi se ocupó de ordenar los bocetos y bosquejos que le habia legado su maestro. Aunque estas últimas obras tenían algunas imperfecciones, demostraban todavía la asombrosa superioridad que hubiera obtenido Leonardo en el arte de la pintura, si hubiera tenido tanta constancia como genio.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

INDEPENDENCIA. La verdadera independencia se funda en estas tres palabras que siempre he admirado: *vivir con poco*. ¡Vivir con poco! he aquí el mejor preservativo contra la esclavitud, este preservativo no se refiere solamente al trage y alimento sino tambien á otras muchas cosas.

W. COBBET.

LOS ZAPATOS DE ABUL KASIN.

Hubo en otro tiempo en Bagdad un hombre muy rico y muy avaro que se llamaba Abul Kasin. Tal era su miseria y